

# Sobre la mezquita de Colonia

*Símbolo de integración para unos, pérdida de terreno ante una religión cuyos principios desafían los derechos universales para otros, la futura gran mezquita de Colonia es el objeto de controversia analizado en este texto.*

**L**a misma discusión arde aquí y en Sevilla, y en Marsella y en toda Europa. Si el tema de la migración es de suyo difícil, y el de la migración musulmana es controvertido, en Alemania es peliagudo. El debate actual a propósito de los planes para levantar la mezquita más grande del país no puede circunscribirse a lo religioso: se expande a la esfera política hasta tocar incluso la arquitectura.

Alemania abrió sus puertas a trabajadores extranjeros durante el Milagro económico. Desde 1961, oleadas de musulmanes—casi todos turcos—se han asentado en el país, hasta sumar hoy unos 3,2 millones, el cuatro por ciento de la población nacional. Para ellos, la DITIB (Diyamet İşleri Türk İslam Birliği o Unión Turcoislámica para Asuntos Religiosos) comenzará a edificar una mezquita central en Colonia el próximo año. Se argumenta que las veintisiete mezquitas de Colonia son insuficientes para atender a los 120,000 creyentes de la ciudad. Pero, sobre todo, la DITIB echa de menos un recinto representativo de la integración turcoalemana.

¿Signo de integración? El escritor Paul Giordano lo niega, tajante. Y va más allá cuando cuestiona que los valores propuestos bajo los minaretes favorezcan el entendimiento entre los inmigrantes y los ciudadanos del país adoptivo que han elegido. Se opone a la anacrónica *sharia* y a los imanes que rechazan ciertos estándares de la educación pública como clases deportivas mixtas, viajes escolares, educación sexual, igualdad de género o libertad de expresión. Como prueba empírica de cuán difícil es manifestar una opinión contraria sin que algunos musulmanes se sientan injuriados está, junto a las caricaturas danesas de Mahoma y el asesinato de Theo van Gogh, la colección de amenazas de muerte que ha recibido. Es lamentable que los propios alemanes sean incapaces de opinar acerca de lo que planea alzarse en su país sin que corran las amenazas de muerte. Erigir, pues, la mezquita como signo de concordia es una hipocresía. No existe un camino pacífico a la integración, concluye.

¿Existe la libertad de cimentación, tienen derecho a levantar esa gran mezquita los turcos en Alemania? El Consejo de Ex Musulmanes zanja la cuestión con un “no” categórico porque,

sostiene, la praxis de dicha religión contraviene ciertos rasgos fundamentales de la dignidad humana. Si la Constitución Alemana reconoce la libertad religiosa mientras no queden comprometidos los valores esenciales de la dignidad humana, debería revocarse el estatuto del islam como religión lícita. Nuevas amenazas de muerte...

El arquitecto Paul Böhm encabeza la postura contraria. Ahí lo miran con cierto recelo, allá se susurra que es un oportunista, pues siendo hijo y nieto de los más famosos constructores de templos católicos en el país, sorprende que se haya interesado por una mezquita. Böhm dice preocuparse por todos los hombres de paz, más allá del credo que profesen, y sus casas de oración. A mediano y largo plazo, el grito desinhibido del muecín sobre el valle del Rhin promete muchos frutos positivos.

Böhm ganó el concurso de la mezquita. Con su proyecto desea favorecer la modernización del islam y su comprensión entre los alemanes. La propuesta arquitectónica alude al ingreso de Mahoma en la modernidad. Los planos prevén dos minaretes de 55 metros y un centro comunitario con salones, instalaciones deportivas, tiendas, un bazar, una biblioteca y una oficina de información. La cúpula de cristal y concreto—inspirada en el domo del *Reichstag*—remeda las siluetas de los océanos y continentes para simbolizar la apertura universal.

La mayoría de los colonienses (sesenta por ciento) están con él, pues encuentran imperioso dar muestras generosas de aceptación para allanar la convivencia. Como el párroco de San Teodoro—el único templo cristiano diseñado por Böhm, ¿casualmente?—, quien organizara una colecta para asistir a sus hermanos musulmanes. No está de más velar por los intereses cristianos en países musulmanes.

Se cavila entonces si la Historia no tiene secuestrada a la nación germánica. Es agudo el horror ante lo que pueda remotamente sonar a discriminación racial o xenofobia: la piel es muy sensible. De acuerdo. Es justo. Mucha atención. Pero en este posible secuestro, Alemania parece propicia al síndrome de Estocolmo. Porque cuando algún alemán arriesga un comentario contra la mezquita, sus compatriotas se alarman sobremanera y le pegan las etiquetas de extremista, patrioter o intolerante. Al margen de las amenazas de muerte en voz de musulmanes, la libertad de expresión en Alemania queda hoy subyugada por las sombras de su propio siglo XX. —